

## LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

### IV

RESTREPO ANTONIO JOSE. (1855-1933). *Las Hijas de Melgarejo*. Cuento-Poema que responde a "El Joven Arturo" del señor Roberto Mac Douall. Parte Primera. Bogotá. Imprenta de vapor de Zalamea Hermanos. 1883. Opúsculo. 12 x 16. p. 18.

Una docena, por lo menos, de poemas satíricos y composiciones jocosas, aparecieron, en su día, con ocasión del celebrado canto de Mac Douall, *El Joven Arturo*. D. Isidoro Laverde Amaya, en su *Bibliografía Colombiana*, (Bogotá. Imp. de M. Rivas. 1895. I-226), enumera, a propósito, los siguientes: *Carta de desafío*, por Alirio Díaz Guerra; *La Madre Cayetana*, por el mismo; *Las dos ideas*, por J. M. Garavito; *La Escuela*, por Santiago Pérez; *La Señorita Facunda*, por Julio Campo; *Epístola intermitente*, por Enrique Alvarez; *Bárbara Jaramillo*, por Manuel Uribe Velásquez; *Doña Virtudes*, por Julio Añez; y añade que, como anónimos, aparecieron también *La Hermana y el Sargento*, *Elisa* y *El Sofisma del Joven Arturo*. El erudito Laverde Amaya, sin embargo, no menciona entre ellos el chispeante Cuento-poema de Antonio José Restrepo, no obstante su indiscutible valor literario, lo que acredita, a nuestro entender, la calidad de rareza bibliográfica extraordinaria que tenía la obra del poeta antioqueño, ya en las postrimerías del pasado siglo, por lo que se mantuvo desconocida para aquel expertísimo conocedor de las publicaciones colombianas.

Del propio modo que lo hiciera Mac Douall, Restrepo registró oportunamente la propiedad literaria de *Las Hijas de Melgarejo*, lo que determinó que nadie reimprimiese el poema, del cual solo vio la luz la Introducción, dejando el poeta en el tintero subsiguientes entregas prometidas, y quedándose los lectores, como suele decirse, a media miel, pues Restrepo, donosísimo prosista rabelesiano, era también poeta de agudo ingenio festivo, que recordaba a Quevedo no solo en la sal y pimienta, sino también en el descarado y ruda franqueza de no pocas de sus poesías humorísticas.

Por otra parte, no parece que hubiera querido Restrepo divulgar más de la cuenta su Cuento-poema, pues inicialmente, cuando estaba prepa-

rando la compilación de sus Poesías para una edición europea de ellas, pensó en excluirlo del libro, lo mismo que otra, conocidísima, en la que interpretó algunas flores bíblicas y dedicó a su condiscípulo de Historia Sagrada, D. Antonio María Restrepo C. En carta suya desde Lausanne, en Suiza, Hotel Ste. Luce, de 23 de marzo de 1897, para su amigo del alma Juan de D. Uribe, a la sazón desterrado en Quito, donde habría de morir pocos años más tarde, decíale a este propósito: "...Por ahora me ocupo en publicar mis versos, que son la propaganda en píldoras semidoradas y que de algo servirán por allá. La cuestión prólogo tuyo es una cosa convenida *ab initio* y no puedes faltar... Te mando una prueba del primer pliego, para que veas que es una edición *elceviriana*, de rallar sidra, y que llevará la carta prefacio de Haraucourt y tu prólogo... y mi retrato. Voy a tirar mil ejemplares para Venezuela, Colombia y Ecuador y regaré unos cuantos en otros países. Entrará casi todo lo que he compuesto menos La *Exégesis* y las *Melgarejo*, que no deben entrar allí en mi opinión ni en la de Antonio M<sup>a</sup>...". (BENIGNO A. GUTIERREZ: *Epístolas y Estampas del Ingenioso Hidalgo don A. J. Restrepo*. Medellín. Ed. Bedout. MCMLV. P. 248).

Solo que cuando llegó el momento de llevar las cuartillas a la imprenta, Restrepo cambió de parecer: no publicó su retrato en el libro, pero incluyó en cambio, con la *Exégesis natural*, repudiada inicialmente (P. 182), el poema que nos ocupa, con este título: *Esbozo de un Cuento-poema en respuesta a "El Joven Arturo"* del señor Roberto Mac Douall. (Págs. 209 y sgtes.).

La reproducción del poema, en el libro editado en Lausana, en 1899, está ilustrada con oportunas notas que la edición príncipe no contiene. En la primera de ellas, Restrepo dice, entre otras cosas, las siguientes: "El autor de *El Joven Arturo* no es un Milton, pero sí es tan liberal como el viejo patriota inglés, y sabe manejar una lira tierna y sonora que lo ha colocado en Colombia entre lo mejor de lo bueno de aquella juventud estudiosa y serena. En el poemita a que pretendieron responder estas estrofas —y que provocó la réplica de otros muchos liberales—, dio una nota falsa, sirviendo los intereses de los enemigos del liberalismo...". Lo que comprueba por modo definitivo que, en aquellos tiempos románticos y caballerescos los hombres de letras defendían sus convicciones políticas apelando a los más nobles arbitrios, a la poesía inclusive, como en este punto queda demostrado.

Restrepo empleó en su Cuento-poema la octava real, tan en boga entonces. Y a fe que lo hizo con desembarazo y donosura, con espontaneidad y calor propios de quien conocía y dominaba como el que más el idioma de los clásicos castellanos. Por lo que su lectura es fácil y agradable, supuesto que ante el más sencillo lector aparecen las ideas en su espléndida desnudez, no veladas ni ensombrecidas por abalorios postizos, tan del gusto de ciertos mentecatos que encubren con fárrago de florecencias verbales su vacuidad ideológica.

Sus versos no necesitan oráculos ni intérpretes. Se imponen a la mente con la seducción irreprochable de la verdad y de la luz:

*Intento defender a las Normales,  
Casas de educación que el pueblo llena,  
Buscando del saber los manantiales,  
Dando vagar a su continua pena.  
Porque es tras esos públicos umbrales  
Como en la ciencia su poder estrena,  
Para vencer después al enemigo  
De fuerte escudo al bienhechor abrigo...*

Donosamente se burla el poeta de quienes pretendían mantener a la mujer en la antañona ignorancia colonial, añorada en *El Joven Arturo*, puesto que era imposible sustraerla, en el siglo XIX, a las exigencias de la época y al influjo de la civilización universal. Sus argumentos son de una sencillez que se diría prosaica, si no fuesen, por otra parte, tan contundentes:

*El tiempo en que vivimos es de inglés,  
Para llevar las cuentas del comercio,  
Para saber lo que se gana al mes,  
Y cuánto vale en Liverpool un tercio  
De quina o de cacao; y al revés,  
Si engañaron a Juan, Pedro o Lupercio  
En el pedido aquel de cachemiras,  
De zarazas o clavos o chaquiras...*

Lanza en ristre y adarga al brazo, embiste denodadamente contra los viejos prejuicios que pugnaban por prevalecer, abatiéndolos con las armas del sarcasmo y del ridículo:

*No es posible hablar hoy como esos viejos  
De capa verde y rancios pergaminos,  
Pródigos en rezar y en dar consejos  
Y para hacer el bien siempre mezquinos;  
De las luces del siglo los reflejos  
Los han pelado como perros chinos,  
Y al frío de la edad desvencijados,  
Están, dicho en francés, como hebetados.*

Y emprende luego en la vindicación de las Escuelas Normales femeninas, de sus pénsumes y métodos, en largas octavas, de las cuales escogemos, al azar, estas muestras:

*Una pregunta, demasiado necia,  
Me permito al airado moralista,  
(Y por si mi pregunta se desprecia  
Confesaré que he sido Congresista  
De los de cholla enmarañada y recia  
Que apenas saben contestar a lista;  
Pero cuántos suspiran, oh curul!  
Por honrarte con lentes y capul!)*

*¿En qué Escuela o Colegio nacional,  
 En el aula de quién se enseña aquí  
 La doctrina de Darwin racional,  
 O que sea la mujer un maniqué  
 Y el mormonismo infame sea moral?  
 Eso es un embeleco baladí,  
 Que hará reír a gentes de cancel,  
 Indigno del talento de un Mac Douall...*

La consigna de la escuela popular, gratuita, libre y obligatoria —postulado constitucional en nuestros días, y bandera entonces de propaganda partidista— es vehementemente proclamada por Restrepo a lo largo de su combatido y combativo Cuento-poema, en el que, de soslayo, dispara dardos envenenados contra las escuelas privadas confesionales de su tiempo.

*Es la enseñanza libre, obligatoria,  
 Gratuita y laica. Explicaré la trama  
 De esta ley, que tendrás en la memoria,  
 Porque es de mi partido el oriflama.  
 Libre: Puede enseñar doña Liboria  
 En su Colegio el álgebra y la gama;  
 Y, si no en las escuelas del Gobierno,  
 Allí estarás interno o semi-interno.*

*Pero es obligatorio que en alguna,  
 Oficial o privada, aprendas algo;  
 Estudia, que saber es gran fortuna,  
 Y si no vas por bien, te echan un galgo.  
 De balde estudiarás, sea tu cuna  
 De un hijo de la piedra o de un hidalgo,  
 En la escuela oficial: en las privadas  
 Te explotan enseñándote nonadas.*

Y, después de una larga tirada de octavas reales, en las que zarandea y refuta la tesis pedagógico-poética de Mac Douall, y en las cuales no pueden dejar de advertirse, al lado de versos briosos, inspirados y sonoros, otros que se dirían escritos bajo el influjo de la *Musa Pedestris*, porque no pasan de ser a modo de furibundos editoriales rimados, entra en materia el poeta, esbozando lo que sucedió en cierto colegio de Hermanas de la Enseñanza, venidas desde Tours o de París, al cual envió D. Pedro Melgarejo a su hija mayor, María Sagunto, pero dejando en cambio en la Normal, a Rosa, otra de sus hijas, a despecho de la *crème de la crème* criolla de su tiempo, como solían decir algunos mentecatos de antaño, y lo repiten, sin saber lo que dicen, otros papanatas de nuestros días.

Pinta Restrepo a su D. Pedro Melgarejo como un pobre hombre, valentón en la calle, calzonetas en casa, dominado y escarnecido por su mujer. Y cuando el lector se apresta con curiosidad a seguir las alternativas de la ofrecida historia, el poeta lo deja a su vez plantado y corrido, con la promesa, jamás cumplida, de continuarla en otra oportunidad, como se lee en estas dos octavas finales, con las que remata, no muy felizmente, y como para salir del paso, el Cuento-poema:

*Pongo aquí punto a mi cansada brega  
Porque ya el impresor está de prisa;  
Pero prometo que abundante siega  
Hemos de hacer de cosas y de risa  
En la entrega siguiente, que es la entrega  
De lances lindos, vistos en camisa,  
En que mi obispo con María Sagunto  
Harán desternillar hasta un difunto.*

*En la tercera se verá de Rosa  
La intachable conducta y los progresos,  
Cómo gana contenta y orgullosa  
En la escuela de Tunja ochenta pesos,  
(Pan de sus hijos, porque ya es esposa),  
Y cómo lloran de dolor opresos  
Los padres de Sagunto, desdichada!  
El triste fin de la instrucción privada...*

Antonio José Restrepo no solo fue un buen poeta satírico: cultivó también, con varia fortuna, otros géneros poéticos, y fue notable traductor de bardos extranjeros.

Jurisconsulto, crítico literario, cultor insigne del folklor nacional, publicista de raro mérito, experto en economía colombiana y en derecho internacional público, profundo conocedor de la historia patria y orador de primera fuerza, Restrepo paseó su inteligencia por los más variados campos del saber humano. En todas las circunstancias de su vida fue un patriota integral, y a tal título, le prestó al país servicios extraordinarios. Su nombre y su obra honran los anales literarios de la república.